VIII CERTAMEN ESCOLAR RELATOS CORTOS "HERMANO EDUARDO MONTERO"
ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS COLEGIO NTRA. SRA. LOURDES
1º Premio Categoría B

INCONSCIENTEMENTE

ÁLVARO MARTÍNEZ-SAGARRA MARÍN
4ºA de ESO

Mi cuerpo descendió lentamente hacia el fondo de la piscina. Mis brazos descansaban a varios centímetros de mi tronco en el agua, sin ejercer fuerza alguna, y notaba un frío helador recorriendo mi cuerpo. Mi pelo se movía lentamente por el agua, y me olvidé de pensar.

Mi vida ha tenido muchos altibajos últimamente y todo empezó aquel día, el día en el que llegué a clase de filosofía y sin motivo alguno, me llamaron por la megafonía escolar, el director quería verme pero yo no sabía la razón. Llamé dos veces a la gran puerta de madera, y oigo una voz a lo lejos diciendo -adelante-, me dispongo a entrar y el director me dice que coja asiento. Nunca había sentido esta sensación de inseguridad, nunca me habían ni sacado al pasillo, y con la voz temblorosa digo -Buenos días-.

Tres minutos más tarde salí corriendo del despacho, dando así un portazo a la gran puerta. Unas caudalosas lágrimas recorrían mis mejillas y salí corriendo del instituto sin rumbo, la gente me intentaba parar por la calle, pero yo les ignoraba y seguía corriendo, no quería parar de correr. Pasé por delante de mi casa y atravesé el parque entero hasta que llegué al puente. Se me pasaban millones de ideas por la cabeza, pero ninguna tan loca como la que realicé instantes después.

Extendí mi pierna derecha por encima de la barandilla del "puente de cristal", y luego la izquierda. Ya estaba en el otro lado de la barra, un paso en falso y me caería al río. Miraba a mi alrededor, toda la gente mirándome, el tráfico parado, pero nadie venía hacia mí para intentar salvarme. En ese momento pensé que no le importaba a nadie, no servía de nada mi presencia en este planeta, y entonces pasó. Mi cuerpo caía lentamente y luego rápidamente por el aire, pero para mí fueron los tres segundos más

largos de mi vida. Por fin caí, toda la multitud de gente se asomó por la barandilla del puente y mi cuerpo quedó flotando mirando hacia el oscuro fondo del río.

Mi cuerpo descansaba sobre la superficie del agua y un grupo de jóvenes bajaron al río a buscarme. Se metieron en el agua y me cogieron entre tres personas, uno me agarraba por los pies, el otro por las muñecas, y el tercero guiaba a sus compañeros. Me reposaron sobre la orilla del río y todas las personas que miraban desde la barandilla bajaron y crearon un círculo grande alrededor de mí. Se respira tensión en el ambiente, una mujer gritaba a lo lejos mientras que un señor llamaba a urgencias.

En menos de tres minutos había una ambulancia en la ribera del río. Los auxiliares sacaron una camilla y me acomodaron en ella lo más rápido posible. Retumbaron las puertas del coche por el fuerte golpe que uno de los paramédicos dio, y entonces las ruedas empezaron a quemar neumáticos. Todos los presentes quedaron angustiados y sin saber que pasaría después, cómo reaccionaría mi cuerpo al impacto del río. Mi cuerpo estaba repleto de cables e inyecciones, me intentaban traer de vuelta, y de pronto… se oye un latido por el estetoscopio. -Hay esperanzas- dice Carlos, uno de los paramédicos. Estamos cerca de la puerta del hospital, donde tres enfermeras nos esperan. Otro latido. Sacaron la camilla lo más rápido posible y me llevaron a lo largo del pasillo. Otro más. Cada vez eran más frecuentes. Cuando entré a mi habitación, me hicieron miles de análisis, y mi corazón seguía latiendo, lentamente, pero latiendo.

Cinco minutos después aparecía mi madre por la puerta del hospital, desolada y angustiada. Yo permanecía tumbado en mi cama, relajado, y con las pulsaciones ahora más estables, pero aún sin despertar. Mi madre me abrazó, me abrazó como si nunca antes lo hubiera hecho, con la esperanza de despertar. Una enfermera entró en mi cuarto y le dijo a mi madre -Luis ha tenido un fuerte infarto, al parecer intentó suicidarse tirándose desde el puente de cristal, y afortunadamente solo ha sido un susto, hemos podido salvarle, pero solo falta que se despierte- entonces mi madre abrazó a Laura diciéndole -muchísimas gracias-

Mi estancia en el hospital fue muy larga, mi corazón latía, pero mi cuerpo no

respondía. Llevaba ya tres semanas tumbado en la misma posición, en una cama no muy cómoda y alimentándome a través de una sonda que iba directa a mi estómago. Cada semana me visitaban alrededor de diez personas, entre familiares y amigos, pero mis padres nunca salían del cuarto. La última persona que fue a verme fue mi amiga, mejor dicho, mi mejor amiga Catalina. Todas las veces que iba por el hospital, se pasaba toda la tarde contándome que tal todo por el colegio, sus dramas, sus amores y sus secretos. Me lo contaba a mí, no podía responder, pero yo estaba ahí, escuchándola como ella siempre hizo conmigo. Catalina era la única persona que creía en mí y me apoyaba siempre en todo lo que hacía. Y de pronto dijo: -Algún día despertarás y podremos lograr juntos nuestro sueño desde niños, ver el mejor atardecer de nuestras vidas en el mirador del Ézaro-. Esperó cinco segundos mientras me miraba a la cara y dijo -bueno Luis, se hace tarde, mejor me voy a ir yendo-. Se levantó de la butaca de al lado de mi cama, me soltó la mano y recogió sus cosas, y fue cuando se dirigía a la puerta cuando escuchó -Sí-.

Catalina se quedó paralizada, no sabía si ese sonido procedía de mi, o era cualquier otra voz del hospital. Mientras se giraba lentamente, mis párpados se entreabrieron confundidos. Su mochila, el móvil y el abrigo cayeron al suelo y vino a abrazarme rápidamente, yo no la solté de mi pecho en unos segundos. Cata llamó corriendo a los médicos y a mi madre, que por primera vez no estaba en mi habitación. Me intenté incorporar, pero mi cuerpo llevaba muchos días sin moverse y tenía los músculos algo atrofiados. Dos enfermeros entraron al instante, y rápidamente me tomaron pulsaciones, sacaron sangre y me hicieron muchas pruebas más. Y tres minutos más tarde mi madre apareció por la puerta. Emocionada, con los ojos encharcados de lágrimas. Yo la miraba, y sonreía. Hice un gesto con los brazos para que viniera hacia mí, y ella vino corriendo. Me dio el abrazo más fuerte que había sentido en mucho, pero mucho tiempo.

Tenía a mi madre más cerca que nunca, sentía su corazón, le brincaba en el pecho. Hice una pequeña reflexión en mi cabeza. Los sentimientos no son fáciles de gestionar, pero no son difíciles sólo para mí, el resto de personas en este planeta también tienen problemas, pero no siempre lo correcto es el camino más fácil, de hecho, este puede ser el que te lleve al fracaso. En ese momento empecé a llorar, mi madre se separó de mí, me miró y me preguntó, apoyando sus manos en mis

hombros -¿por qué lo hiciste?- me niego a contestar. Por supuesto ella ya sabe la razón, pero quiere que se la cuente yo mismo. Intenté cambiar de tema pero mi madre insistía e insistía. -¿pero por qué?- Me estoy agobiando. Hago un gran esfuerzo para intentar levantarme de la cama, porque ella me está atosigando a preguntas que sabe que no me gusta contestar. Salgo de la habitación, con las manos en la cabeza y con millones de preocupaciones en mi mente, ando sin rumbo por el hospital, las enfermeras me intentan parar, pero es inútil. Ella me sigue, y de pronto paro, me giro lentamente, la miro a la cara, y digo -¡que me dejes en paz! ¡no te das cuenta que no tengo por qué contártelo todo!- Mamá se me quedó mirando, a punto de llorar, empecé a correr a sus brazos y me dijo a varios milímetros de mi oreja -lo siento muchísimo hijo-.

Me dieron el alta a los cinco días, volví a mi casa, al lugar donde todos mis problemas se pasaban. A mi llegada estaba Jacko en la puerta, ladrando y dando brincos de alegría. Bajé a su estatura, y le di un fuerte abrazo, pero justo detrás estaba mi hermano mayor, Jaime, con quien tenía una relación un poco justa, ni nos va ni nos viene. Llevaba sin verle por lo menos un mes, nos quedamos mirándonos cinco segundos, y no dejé a mi madre terminar la frase -daros un…- ese fue el abrazo más fuerte que di desde el día en que me desperté. Subí a mi cuarto, nadie había entrado, ni descolocado, ni tocado mis cosas. Dejé la mochila del hospital encima de la cama y miré por la ventana. Esa misma noche empecé a escribir un diario, y la primera página fue ésta:

El lunes siguiente fui a la escuela, mi vuelta al instituto fue “extraordinaria”, según laorientadora, pero yo pensaba lo contrario. Después de un mes, muchas cosas habían cambiado; los temarios de las asignaturas, muchos proyectos, e incluso había un profesor sustituto nuevo. Pero lo que más cambió fue la forma en la que mis compañeros me miraban, observaban y comentaban. Supongo que ellos también saben la historia. La gente me ignoraba por los pasillos, rumoreando sobre mí a mis espaldas. El director, de pronto, me llamó por megafonía, estábamos en medio de clase de matemáticas, mi favorita. Todos los presentes giraron su mirada hacia mí y yo me levanté poco a poco, arrastrando la silla hacia atrás. Me ausenté del aula, y bajando las escaleras estaba indeciso sobre si entrar en el despacho, pero mis inseguridades ganaron esta vez. Cambié mi rumbo a los baños delinstituto y decidí no enfrentarme a mis miedos. Una vez solo, acurrucado y fresco en el baño, saqué el móvil y tenía una llamada perdida de Catalina. Ella viene conmigo a clase de matemáticas también, pero me parecía extraño que no estuviera en el aula. Llegó la hora de irse a casa. Dejé mis cosas encima de la cama, cogí un bolígrafo, abrí el diario y decidí contartoda la historia, la historia que cambió mi vida en menos de dos meses.

.

C[illegible] E[illegible]

[illegible] C[illegible] C[illegible] AD[illegible]A[illegible]

[illegible] A[illegible] A[illegible] C[illegible]

[illegible] C[illegible] E[illegible] D[illegible] A[illegible]

E[illegible] C[illegible] F[illegible]

Catalina no estaba en clase ese día por una razón, en la historia de Instagram yo puse el comentario de “denunciad”, pero esta vez era ella la que me estaba denunciando a mí. Ella misma estaba defendiéndose de personas como yo, que sin querer, decimos más palabras de las que debemos. Palabras que sin que lo

creamos posible, pueden herir a las personas, tanto físico como mentalmente. Aunque yo no lo supe hasta que estaba en la barandilla del puente. Al despertar del coma, no sabía que hacía Catalina en mi habitación del hospital, hablándome como si nada hubiera pasado, estaba muy confundido. Catalina había reflexionado, pensó "¿de verdad me va a afectar tanto un comentario?". Ella es una de las pocas personas que conozco y que existen que tengan esa fuerza de seguir adelante, pocas personas saben levantarse como hizo ella ese día. Volvió a hacerse otra cuenta de instagram, pero en ella no sube nada. Mis padres fueron a comisaría a hablar con los familiares de Catalina, y ella se disculpó ante ellos. Catalina retiró la denuncia, y desde ahí fue a verme todos los días al hospital. Ella quería que todo estuviera como antes, amigos nosotros dos solos, sin personas que dijeran malos comentarios sobre nosotros y sin personas controladoras. Catalina entendió mi situación, salía de una fiesta y no sabía lo que hacía así que lo dejó como anécdota.

Llegó por fin el verano, nos dieron las vacaciones y yo quería irme a mi pueblo. Catalina me propuso la idea de hacer un viaje nosotros dos solos, pero que el destino lo elegiría ella, yo no podía saber nada de los planes que haríamos. Pregunté a mis padres y por supuesto me dejaron después de todo lo que había pasado. Solo me dijo que sería a la playa. Llegamos a la"estación del Oro" y al entrar por la puerta Catalina me puso un antifaz y unos tapones para los oídos. Nos montamos en un tren, tres horas escuchando mi música favorita de los ochenta. El tren se detuvo, me posicioné delante de la puerta de salida, y Catalina me quitó el antifaz. Abrí los ojos y estábamos en la estación de trenes de La Coruña. Empecé a pensar en lo que me dijo ella en el hospital justo antes de despertarme. Empezaba a sospechar que íbamos a lograr nuestro sueño. Llegamos al hotel y sin más dilación, cogimos la puerta y nos montamos en un autobús que subía una enorme montaña en el municipio de Dumbría. Eran ya las ocho de la tarde, el sol estaba empezando a bajar y Catalina me dijo: Ven a sentarte aquí. Nos sentamos en el borde del precipicio y sin pensarlo, estaba logrando mi sueño desde niño, ver el mejor atardecer del mundo, con mi persona favorita a mi lado. Pasamos unos días increíbles en Galicia y ya volvimos a casa.

Debería de haber más personas como Catalina, personas que se preocupen por el resto y sobretodo de sus amigos. Y debería de haber menos personas como yo, que no

expresa sus sentimientos, se lo queda todo para sí mismo e intenta ir siempre por el camino más fácil, camino que en este caso, a mi casi me lleva a la muerte.